

Francisco Fernández del Riego (ed.)

Un epistolario de Ramón Piñeiro

Vigo: Galaxia, 2000

Una microhistoria de la Galicia reciente



MUCHAS VECES, los epistolarios nos dan luz verdadera sobre ciertos personajes y acontecimientos. Ya no hablo de esas epístolas entre escritores -verdaderos monumentos a la crítica literaria comparativa, pongo por caso la correspondencia entre Flaubert y Turguéniev- sino de las notas más que cartas cotidianas, de casi simple acuse de recibo o de opinión impresionista sobre un suceso. En esta línea se inscribe este epistolario que antologa las cartas de Ramón Piñeiro a Francisco Fernández del Riego. A éste último ya lo conocen los lectores de este boletín por la reseña que publicamos de sus memorias *O río do tempo*.

Tanto Paco del Riego como Ramón Piñeiro han sido dos personajes fundamentales en el resurgir de la cultura gallega después de la guerra civil. Ambos coincidieron en las Mocedades Galeguistas entre 1932 y 1936. Piñeiro, luego de seguir estudios de Filosofía al final de la contienda, fue elegido representante del galleguismo político clandestino y, por ello, viajó a París en 1946 para entrar en contacto con los gobiernos en el exilio. Detenido a su regreso en Madrid, fue condenado en consejo de guerra a seis años de cárcel, de los que cumplió tres. Los años de cárcel y serios problemas de visión le llevaron a una grave depresión, superado sobre todo desde que fue intervenido con éxito de cataratas. Ahí comenzaba una nueva etapa de su vida, una vida que dedicó en cuerpo y alma a que la cultura gallega recuperase la dignidad que merecía y que el franquismo le negaba. Con el mismo Paco del Riego y la colaboración inestimable de algunos empresarios (como Valentín Paz-Andrade -a quien ya conocimos- o de Álvaro Gil del grupo Zeltia), entre otros, fundaron la editorial Galaxia en 1950, auténtico referente de la cultura gallega en los oscuros años del franquismo.

Pero Ramón Piñeiro fue algo más que un agitador editorial o un brillante pensador a propósito de ese sentimiento, intrínsecamente gallego-portugués, como es la *saudade*. Gracias a la protección personal de Domingo García-Sabell, hizo de la célebre mesa camilla de su piso en la rúa de Xelmírez, frente a uno de los costados de la catedral composte-

lana, uno de los centros difusores de galleguismo en la semiclandestinidad. Sin apenas actividad pública, alrededor de aquella mesa camilla se sentó cuánta persona quiso dar o recibir, siempre al servicio de Galicia. Cientos de gallegos y no gallegos pasaron por ella, cómo reconocía a Víctor F. Freixanes en la entrevista ("Biografía dunha resistencia") que le hizo para *Unha ducia de galegos* (1976). Ya con la democracia, Piñeiro propugnó que cada galleguista se adscribiera al partido en qué más cómodo se sintiese y que lo impregnase de galleguismo. Miembro de la Real Academia Galega desde 1967 (entidad presidida ahora por Paco del Riego), fue el primer presidente del Consello da Cultura Galega con la autonomía.

Las cartas de este epistolario abarcan desde 1948, cuando Piñeiro aún estaba encarcelado, hasta 1970. Sorprende la ausencia de cartas entre este año y 1990, año de la muerte de Piñeiro, cuando la cultura gallega tomó carta de existencia relativamente normalizada. Sin embargo, con la selección que propone Fernández del Riego -ha excluido las cartas de tipo personal o familiar- nos basta para ir conociendo las ansias, las esperanzas y las realidades que, día a día, los galleguistas iban conquistando.

Ahí están los trámites para la fundación de Galaxia y, desde ella, la consolidación de la revista *Grial*, primera publicación de prestigio editada en lengua gallega y que ha llegado hasta hoy. La aparición de los que han sido los grandes escritores en lengua gallega en la segunda mitad del siglo XX, cuando muchos aún eran "rapaces", como Manuel María, Méndez Ferrín, Casares, Novoneyra, o recuperados de la defección como Cunqueiro o Risco. La labor de edición desde la emigración-

exilio americanos, de clásicos gallegos a los que se garantizaba una pensión por derechos de autor.

También está ahí el apoyo, cuando jóvenes, a quienes han sido luego los mejores estudiosos de la filología gallega fuera de Galicia: Pilar Vázquez Cuesta, Xosé Luís Pensado, Basilio Losada. Labor cultural que alcanzaba a las artes plásticas (Maside, Colmeiro, Faílde, Laxeiro), a la economía (Beiras), al ensayo (Rof Carballo, Carballo Calero), a la colaboración con estudiosos portugueses y brasileños, de recuperación de fondos bibliográficos de la mano (y el bolsillo) del notario Fermín Penzol, las maniobras en el seno de la RAG para la elección de académicos galleguistas frente a los "tibios" propuestos por el régimen franquista. Y todo ello, sin olvidar los contactos con las otras culturas, desde la castellana o la catalana, hasta las traducciones al gallego de inéditos de Heidegger con prólogo del propio filósofo existencialista.

La mayoría de las cartas son apenas notas casi de urgencia. Hay algunas, sin embargo, que rompen esta tónica como, por ejemplo, la escrita el 20 de mayo de 1968, que Piñeiro encabeza con un explícito "Mira, Paco". Es una carta de reflexión sobre el momento que vivían, de primer empuje serio de la cultura gallega, en la que animaba a Paco del Riego a continuar la labor de propagandista de la cultura gallega, de compromiso cívico, pues aún no había llegado el momento de dejar la iniciativa a las nuevas generaciones, reflexiones que acababan con "cómpre coller folgos, para as loitas que nos agardan" ('es necesario tomar fuerzas para las luchas que nos esperan').

Joaquim Ventura